

EL NACIMIENTO DEL DOGMA TOTALITARIO EN LA ARGENTINA CONTEMPORÁNEA

José Manuel Azcona.

Universidad Rey Juan Carlos.

RESUMEN: El trabajo que sigue destaca la importancia que ha tenido la ideología totalitaria y fascista en la gestación y sostenimiento de las dictaduras militares en América Latina, y particularmente en Argentina. Acá se da una mirada general a los autores que han tratado el tema, y al tratamiento de asunto a la luz del peronismo, fenómeno político que dividió en antes y después la historia contemporánea argentina.

PALABRAS CLAVE: Argentina, fascismo, totalitarismo, peronismo, siglo XX, América Latina.

SUMMARY: The work that follows highlights the significant role played by the totalitarian and fascist ideology in the creation and maintenance of military dictatorships in Latin America, especially in Argentina. Here is given an overview of the authors who have addressed the issue, and the treatment of matter in the light of Peronism, the political phenomenon divided into before and after Argentina's contemporary history.

Keywords: Argentina, fascism, totalitarianism, Peronism, twentieth century Latin America.

Résumé: Le travail qui suit met en évidence le rôle important joué par l'idéologie totalitaire et fasciste dans la création et le maintien des dictatures militaires en Amérique Latine, notamment en Argentine. est donné ici un aperçu des auteurs qui ont abordé la question, et le traitement de la question à la lumière du péronisme, le phénomène politique divise en avant et après l'histoire contemporaine de l'Argentine.

Mots-clés: Argentine, le fascisme, le totalitarisme, le péronisme, xxe siècle en Amérique Latine.

Los orígenes del nacionalismo de orden fascista

Hemos decidido empezar este trabajo significando la importancia, obvia por otro lado, que ha tenido la ideología totalitaria y fascista en la gestación de las dictaduras militares de las que vamos a hablar en este libro. Pues, tal y como veremos en las páginas que vienen a continuación, tal relación es manifiesta y duradera en el tiempo. Mostramos respeto intelectual desde aquí, por el libro de Federico Finchelstein *La*

Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008, que nos ha resultado del todo esclarecedor y bien interesante para los fines que nos proponemos¹. En el sentido estricto del término, los estudiosos de la fenomenología fascista, del fascismo como ideología contemporánea², coinciden en que el fascismo que mantuvo un ámbito genérico, caracterizado por una política por y para las masas bien concreta, por una forma extrema de nacionalismo significado por una ideología propia y por el desarrollo de un estilo público de hacer política que enfatiza tanto la emoción de las masas como el simbolismo patriótico y que reivindica la creación de un Estado corporativo fuerte que controle una parte importante de la economía nacional y que elimine del escenario social la lucha de clases. En esta línea de pensamiento y actuación se reivindican las relaciones jerárquicas e integradoras junto a políticas autoritarias y racistas. Asimismo, todos los fascismos occidentales, el italiano de Benito Mussolini, el del nacionalsocialismo alemán de Adolfo Hitler, como principal fuente de inspiración, plantean en términos de doctrina el valor regenerador de la violencia política, la tortura y la guerra.

En Argentina, y nos sumamos a los postulados del profesor Finchelstein, se dio una identificación extrema entre la política y lo sagrado, entre el ejecutivo y la iglesia católica. En términos históricos, sería anacrónico hablar de fascismo después de 1945. Más apropiado sería hablar de neofascismo, posfascismo o incluso neonazismo³. Perón, tal y como estudiaremos, se presentaba a sí mismo como un alumno de Benito Mussolini y el presidente del Partido Radical, Marcelo T. de Alvear y su ministro de Asuntos Exteriores, Ángel Gallardo, en los años veinte del pasado siglo tenían una imagen positiva de la dictadura fascista, sobre todo en lo que concierne a las formas autoritarias de la Cámara de los Diputados. Así que el fascismo apareció en Argentina en la misma época que en Europa y será la década de 1920 su etapa de arranque. Y en aquel país se darán todos los ingredientes de este ideario, a saber: nacionalismo extremo y excluyente, racismo, antisemitismo, política de masas, rechazo del legado de la Ilustración, anticomunismo, imperialismo popular y obrero y antiimperialismo de

¹ El autor es profesor en The New School en Nueva York y ha escrito, entre otros, los siguientes trabajos: *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu en la Argentina nacionalista*, Buenos Aires, 2002; *El Holocausto, los alemanes y la culpa colectiva*, Buenos Aires, 1999.

² Uno de los hispanistas que más ha ilustrado el análisis de los fascismos internacionales es Stanley Payne.

³ Finchelstein, G. Op. Cit., p. 13.

Guerra Fría, violencia política y terrorismo de Estado y ensalzamiento del conflicto bélico como valor supremo. Serán sacerdotes católicos, entre otros estamentos sociales, los encargados de transmitir este pensamiento. Argentina crea una ideología fascista a su medida y semejanza: el fascismo vernáculo, eje de la cruz y la espada, no puede ser otra cosa que industria nacional, en expresión de Federico Finchelstein⁴. Los nacionalistas de las décadas de 1920 y 1930 del siglo XX fueron los creadores de la versión argentina del fascismo global. Los intelectuales decimonónicos como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi o Bartolomé Mitre, forjaron sentimientos colectivos de pertenencia a la nación que ya existían con anterioridad. Y que provienen de los sentimientos colectivos que vivían en las tierras que habían sido Virreinato del Río de la Plata, y de los procesos de independencia de España, así como de la configuración de la República Argentina como nación independiente. A la vez, se compartía un idioma común, una misma tradición política y una constitución que regulaba la vida de todos los habitantes:

Al pensar la Argentina, Mitre, Sarmiento y Alberdi le dieron una historia que todavía hoy se puede leer en los colegios y en muchos libros de historiadores no profesionales. Poco tiene que ver Rosas o San Martín con el fascismo, el totalitarismo y la democracia moderna. Y sin embargo, sus figuras fueron, y son, modeladas en dichos términos. Esta constante reescritura ingenua de la historia es quizás inevitable pero debe ser reconocida como tal. El primer historiador que le dio un sentido definitivamente articulado fue también presidente y periodista: Bartolomé Mitre.⁵

En la estructuración de una Argentina blanca, puramente homogénea, Sarmiento, por ejemplo, siguió a rajatabla los postulados que identificaban exterminio y modernidad que estaban aconteciendo en Estados Unidos de Norteamérica. En 1876 insistía en acabar con los indios de su país, afirmando que “por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar”. Sustentaba que eran incapaces de someterse al progreso material de los nuevos tiempos, por lo que su aniquilación, y cito textualmente, era providencial y útil, sublime y grande. Decía: “Se le debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado”.

⁴ *Ibidem*, p. 19.

⁵ En expresión categórica de Federico Finchelstein. En cuantos viajes académicos hemos realizado a la República Argentina hemos comprobado de primera mano esta aseveración entre estudiosos de la historia de aquel país no profesionales y a veces también profesionales.

Fue el general Julio Argentino Roca, el encargado de realizar esta limpieza étnica, en la que el gaucho iba a tener un papel similar al cow-boy norteamericano. Más tarde, los nacionalistas se identificarán con estas ideas genocidas patagónicas (la guerra del desierto contra el indio local no civilizado), sosteniendo -como lo hicieron los hermanos Inzusta⁶- que el exterminio del indio nativo era “una empresa de significado grandioso”, identificada con la terminación de la acción secular de la conquista” o “la ocupación de América por la raza blanca, con la difusión del cristianismo, con el establecimiento de la cultura europea por una de sus más ilustres ramas, el español, soldado de la iglesia”. La conquista de la Patagonia se tornaba una superación republicana en términos de cristianismo y dominación. Por ejemplo, para el nacionalista Ernesto Palacio el argumento de que Argentina no tenía nada de indio y todo de blanco era una verdad que no permitía interpretaciones alternativas. Este ideólogo mantuvo la idea de que los indios habían contribuido a la creación de la nación argentina era totalmente falsa. Sin embargo, la paradoja del hecho que ahora estamos tratando, es que la política racista de exterminio, las masacres acontecidas en la Patagonia fueron realizadas en tiempos de gobiernos de liberal ideología que dio muestras de violencia totalitaria. Así que el liberalismo, como dogma en Argentina, no renegará de estos postulados violentos hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Como dice Federico Finchelstein, el genocidio, el racismo, la represión y la extrema desigualdad de género fueron elementos ideológicos que profundizaron en la intrasociedad de aquel país en el periodo de entreguerras. Bajo este hecho, el nacionalismo dejó de ser liberal.

Los orígenes de la ideología nacionalista podemos llevarlos hasta intelectuales como Ricardo Rojas, Manuel Gálvez o Leopoldo Lugones. En 1909, Rojas escribe *La restauración nacionalista*, donde denuncia la inmigración europea y sus consecuencias destructivas para el ser nacional. Y, por aquellas fechas, Gálvez insiste en su nacionalismo, basado en el legado colonial. En la primera mitad de la década de los veinte del pasado siglo nace la Liga Patriótica Argentina, pudiendo catalogarse como el primer grupo parapolicial de derechas, que funcionaba como grupo de choque para liquidar las movilizaciones sociales obreras. Así que Rojas, Gálvez, Lugones y la Liga buscaban neutralizar al comunismo en la República Argentina, mientras reivindicaban naciones de clase de tipo tradicional, entendiendo el alma del pueblo argentino como

⁶ Cfr. Federico Finchelstein. Op. Cit, p. 25.

dotada de catolicismo a ultranza, anticomunismo, política antiliberal y racismo antihebreo, sin olvidarnos de su profundo desprecio por los sistemas democráticos. En su opinión, Argentina necesitaría un gobierno fuerte y dictatorial, un cirujano de hierro que operase directamente sobre los males estructurales de la patria. Quienes así pensaban, provenían de las altas jerarquías del ejército, de la iglesia, los estancieros y la plutocracia en general, aunque otros acudían de la izquierda socialista y anarquista, y también del Partido Radical. Nadie mejor que Leopoldo Lugones, considerado por la historiografía argentina como el padre del fascismo local, encuadra estas contradicciones. Y es que, en términos ideológicos y culturales, también fue padre del liberalismo y del socialismo en aquel país. Así que de joven, Lugones fue anarquista y uno de los miembros fundadores del partido socialista, despreciando siempre el modelo democrático liberal. Con Lugones, el nacionalismo se vuelve sinónimo de fascismo, de militarismo, de dictadura y de catolicismo. En 1924 el presidente radical, Marcelo T. de Alvear, le envió en misión oficial a Ayacucho (Perú) para los festejos del centenario de la batalla del mismo nombre, momento que aprovechó para anunciar la hora de la espada (sic) o lo que es lo mismo, su proyecto de revolución autoritaria en contra del sistema democrático. Sostuvo que el ejército debía convertirse en un elemento central de la política, mientras que -insistía- los argentinos que promovían la democracia eran el enemigo interno, eran antipatriotas. El fascismo de Lugones se torna esencialmente militarista.

Pronto surgieron publicaciones como *La Nueva República*, o *Criterio*, en las que se propugnaba la dictadura como forma de gobierno. Así, el 28 de octubre de 1931, en aquella publicación, Julio Irazusta dice que la historia había registrado varias dictaduras excelentes o que “la democracia no respeta la dignidad ni la promueve”, toda vez que este intelectual, ciertamente moderado en comparación con otros, renegaba de la libertad religiosa y de cultos. En 1928, Rodolfo Irazusta, en *La Nueva República*, había sostenido que el Estado argentino era católico en su origen y constitución y que la democracia es, por naturaleza, anticatólica. Así pues, sostenía, la democracia es incompatible con las instituciones argentinas. Los nacionalistas o representantes del fascismo local clamaban que “el indigenismo es para imbéciles mestizos pues los argentinos somos europeos en América” (César Pico). Por ello, el racismo y la fe explican las supuestas virtudes de la raza argentina, donde no ha de desdeñarse la

tradición de heroísmo de la conquista. Argentina era para los nacionalistas la verdadera heredera del legado del imperio español. Como afirma Federico Finchelstein:

La hispanidad no es vista como una sujeción a España sino más bien como un resultado de la curiosa idea de que la Argentina era más hispánica que España y por lo tanto más imperial.⁷

Se trataba de la restauración metafísica del Virreinato del Río de la Plata, de dar al alma nacional un sentido heroico de la vida. Los nacionalistas no criticaban el genocidio indígena, tantas veces justificado por Sarmiento, pero sí atacaban la idea de educación pública y la apertura migratoria de Alberdi. El concepto de “Patria Grande” empieza a verse en publicaciones como *Bandera Argentina*, *Crisol*, *Claridades*, *Choque* y otras tantas. En ellas se admiraban todas las variantes de los fascismos europeos con sus elementos antisemitas y antidemocráticos. Pronto se constituyeron grupos de choque: la Legión de Mayo y la Liga Republicana.⁸

La década de los problemas

En el periodo que transcurre entre 1920 y 1930, la que se había considerado a sí misma como una rica y notable república tuvo que enfrentarse -como el resto del mundo- con la dureza estructural de la crisis de 1929, que iba a traer el progresivo incremento de la participación del Estado en la economía. Y el comienzo de la Gran Depresión enfrentó a las viejas oligarquías latifundistas con las clases medias -nunca fuertes ni numerosas en este país- en una pugna pletórica de rapiña por los recursos nacionales en franca recesión. Las élites demandaban la reducción del gasto público para disponer de subvenciones que les ayudasen a paliar el mal momento financiero local, y las clases medias, por el contrario, deseaban su ampliación para sustentar el empleo público⁹.

⁷ *Ibidem*, p. 37.

⁸ Véanse los siguientes trabajos: Botana, N. *El orden conservador*, Buenos Aires, 1985. AA.VV. *El radicalismo*, Buenos Aires, 1974. Cantón, D., Moreno, JC, y Ciria, A. *Argentina, la democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, 1972. Falcón, R. (Dir.) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina VI, Buenos Aires, 2000. Gallo, E. y Cortes Conde, R. *La República conservadora*, Buenos Aires, 1986. Girbal, N. *Progreso, crisis y marginalidad en la Argentina*, Buenos Aires, 1986. Lobato, M.A. (Dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina V, Buenos Aires, 2000. Panettieri, J. *Argentina, historia de un país periférico, 1862-1914*, Buenos Aires, 1986. Rock, David. *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, 1977.

⁹ Rock, David. *Argentina 1516-1988*, Madrid, 1988, p. 277. Como sugiere el mismo autor, para una discusión más detallada, véase David Rock, *Politics in Argentina 1890-1930*, pp. 252-264; Meter H.

En el terreno político, el 6 de septiembre de 1930 se produjo un golpe cívico-militar, rebozado de éxito, que provocó la caída del entonces presidente Hipólito Yrigoyen que no pudo hacer frente a la presión en forma de turno de oligarquía y clases medias. Nacía así una etapa de larga inestabilidad institucional que se prolongaría durante la segunda mitad del siglo XX. La deposición del gobierno del Partido Radical de Yrigoyen, el primero de los efectuados por el ejército en el siglo XX, fue realizado sin apenas resistencia y sus protagonistas eran militares de mediana o baja graduación que no ocultaban su animadversión hacia el presidente de la República Argentina. Obró en la organización del golpe de Estado la influencia y liderazgo de José Uriburu, que representaba a aquellos sectores militares que, en 1919, habían fundado la Liga Patriótica sobre bases ideológicas de extremado nacionalismo antimarxista tan propio de aquella época. Hicieron renacer el culto a los valores de la tradición argentina, sustentada -a su vez- en el mito de la hispanidad, especialmente en aquellos hitos vinculados a la raza, la religión católica y la grandeza nacional. Sus planteamientos políticos eran antidemocráticos y enlazaban con el modelo de dictadura instalado en España por Primo de Rivera y en Italia por Mussolini. En una palabra, se habían convertido en los representantes del fascismo nacional. De esta manera, los seguidores de José Uriburu buscaban la suspensión o el recorte de la Constitución de 1853, no gustaban de partidos ni elecciones y sí deseaban elevar el poder del Estado hasta cotas desconocidas. A la vez que hacían del corporativismo la fórmula de la existencia gubernativa en sí misma.

Junto a Uriburu, también obraron, en la trama golpista, los conservadores liberales, dirigidos por el general Agustín Justo. Estos conservadores deseaban purgar la sociedad de la corrupción y la demagogia de los seguidores de Yrigoyen -decían ellos- pero no compartían la idea de una Argentina fascista y corporativa. Querían depurar la sociedad local y hacerla retornar a su esencia originaria (supuesta o real) para liderar el país y proteger los intereses de las élites comerciales y terratenientes.

En cuanto tomó el poder, Uriburu instauró el espíritu de la Revolución de septiembre, como se hizo llamar a este cambio radical de gobierno, y creó una organización paramilitar, la Legión Cívica Argentina, inspirada en el somaten de Primo

Smith, "The Breakdown of Democracy in Argentina 1916-1930"; Anne L. Potter, "The Failure of Democracy in Argentina 1916-1930".

de Rivera y los fascios mussolinianos. A ello se acompañó la inicial euforia por su advenimiento al poder que duró poco por los azotes de la crisis, lo que le hizo perder las elecciones de noviembre de 1931, que fueron ganadas por Agustín Justo, quien asumió la presidencia en enero de 1932, devolviendo el poder al grupo de presión de la clásica oligarquía tradicional: los exportadores y criadores de ganado y los terratenientes provincianos. El ejército apoyó esta solución mientras que al Partido Radical se le había vetado el acceso al sistema de votación, y los fraudes electorales fueron numerosos y escandalosos. Pero logró aunar a distintos sectores:

El apoyo civil a Justo abarcaba una confusa coalición de partidos conocida desde el principio como la Concordancia. Tres eran sus principales componentes. Primero estaban los viejos conservadores anteriores a 1916, que poco después de las elecciones de 1931 adoptaron el nombre de Partido Demócrata Nacional. Pero pocos de sus miembros eran auténticos demócratas, y considerando su escasa actuación en muchas partes del país, nunca fueron totalmente nacionales. En segundo lugar, estaba el Partido Socialista Independiente, un retoño derechista del Partido Socialista original de Juan B. Justo formado en 1927. De este grupo, que representaba a la Concordancia en la ciudad de Buenos Aires, provenían dos de las más talentosas figuras del régimen de Justo, Federico Pinedo y Antonio de Tomaso. Finalmente, estaban los radicales antipersonalistas, el más importante de los tres grupos durante todos los años 30. De sus filas provenían los dos presidentes electos de la Concordancia, Justo y su sucesor, Roberto M. Ortiz¹⁰.

Pero, pese a que consiguió realizar un régimen totalitario dúctil, levantando el estado de sitio y evitando la intervención militar y policial, no logró un acogimiento masivo de la sociedad civil, en gran parte debido al extraordinario mal momento económico por el que atravesaba la nación. Como sostienen Jorge Saborido y Luciano Privitello¹¹ la inestabilidad política que caracterizó a la década de 1930, y hasta 1943, fue acompañada, a partir de 1935, por un falseamiento sistemático de la voluntad popular, hasta el punto de que la expresión “fraude patriótico” se generalizó para designar uno de los rasgos característicos del periodo.

En la década de 1930-1940 la cuestión del petróleo -fuente fundamental de ingresos del Estado- giró en torno a la igualdad de consideración y trato a la empresa estatal YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) con respecto a otras compañías extranjeras, lo que permitió triplicar la producción petrolífera entre 1930 y 1946. Además, en 1936, el presidente conservador Justo resolvió una guerra de precios entre la YPF y sus empresas competidoras estableciendo cuotas de mercado. Pero, al asumir

¹⁰ Rock, David. Op. Cit., p. 280.

¹¹ En *Breve historia de la Argentina*, Madrid, 2006, p. 208.

el poder en 1930, el régimen conservador tuvo inmediatamente que hacer frente a la depresión: descenso drástico de la producción, caída en las ganancias de las exportaciones y la caída también en la llegada de inmigrantes europeos, especialmente españoles e italianos. Asimismo, el gobierno conservador tuvo que hacer frente a la deuda externa contraída sobre todo con la banca londinense y la norteamericana, combinándola con una deuda interna que había aumentado notablemente desde 1928. Y, como sustenta David Rock, en 1933 las medidas ortodoxas del gobierno, tales como equilibrar el presupuesto, satisfacer y eliminar déficits comerciales o plantearse un impuesto sobre la renta, generaron reforma e innovación. Una vez que los conservadores empezaron a usar los aranceles para frenar las importaciones, ya no pudieron seguir apelando a ellos como fuente principal de rentas.

El golpe de Estado de José Uriburu¹² inaugura la primera dictadura moderna del país. General en toda regla, era un ferviente admirador del ejército alemán¹³, y coincidía con el ideólogo Lugones en que las fuerzas armadas debían tener total preeminencia en la gobernación del país. Uriburu era admirador del fascismo italiano y amigo personal de Lugones, por lo que intentó, sin conseguirlo, fundar un Estado corporativo en su país. Creó un movimiento nacionalista paramilitar, entrenado y subvencionado por el Estado, La Legión Cívica, que contó con cincuenta mil afiliados en la provincia de Buenos Aires, y otros miles más por todo el país, con sección masculina y femenina. El gobierno de Justo, a través de su ministro de Finanzas, Federico Pinedo, también reformó el sistema de control de divisas que permitió al ejecutivo no sólo regular el volumen de las importaciones, sino también su contenido y origen, lo que trajo consigo excelentes beneficios para la nación, contribuyendo al mantenimiento de precios para los productores rurales. Estas medidas se completaron con la creación, en 1934, del Banco Central, mientras se buscaba el mantenimiento tradicional del comercio con el

¹² Para conocer los pormenores de la historia argentina, con anterioridad a este gobierno, recomendamos los siguientes trabajos de historia general: Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 2000/2002, tomos VII a IX. AA.VV. *Pasados presentes. Política, economía y conflicto social en la historia argentina contemporánea*, Buenos Aires, 2006. Floria, C. y García Belsunce, C. *Historia de los argentinos*, Buenos Aires, 1992, 2 tomos. *Historia argentina, desde la prehistoria hasta la actualidad*, Buenos Aires, Colegio Nacional de Buenos Aires, página 12, 1999/2000, 3 tomos. Luna, F. *Historia integral de la Argentina*, Buenos Aires, 1995/97, 4 tomos. Rapoport, M y colaboradores, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Buenos Aires, 2000. Rock, David. *Argentina, 1516-1987, desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*, Buenos Aires, 1985. Romero, LA. *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, 1994. Rosa, JM. *Historia Argentina*, Buenos Aires, 1974/94, tomos 10 a 17.

¹³ Sus amigos le llamaban Von Pepe.

Reino Unido, país al que se destinaba una parte sustancial de la exportación agropecuaria, junto a EE.UU., a cambio de tecnología avanzada. Por otro lado, se procuró crear una industria de sustitución de las exportaciones, en base a la producción textil, metalúrgica y de máquina-herramienta.

La llegada de la II Guerra Mundial tuvo repercusiones inmediatas sobre el comercio exterior: las exportaciones disminuyeron a partir de 1938 y mantuvieron un bajo nivel hasta 1941, aunque mucho más fuerte fue la caída de las importaciones que no alcanzaría los valores de 1938 hasta 1946¹⁴. Sin embargo, la contienda mundial trajo cambios importantes en la economía argentina, el más importante de ellos fue el incremento de las exportaciones manufactureras, que pasaron del 2'9% del total en 1939, al 13'6% en 1945, adoptando las cotas más altas en 1943 con el 19'4%. Tal crecimiento tuvo como destino principal los mercados latinoamericanos y como protagonistas a las empresas textiles (1/3 de las exportaciones), la industria química y la producción alimenticia. El número de obreros industriales, en esta coyuntura, descendió casi un 49% entre 1940 y 1945, lo que provocó, sin duda, una ferviente agitación obrera y una ampliación en clientela de la CGT (Confederación General del Trabajo) que había nacido en 1930.

El 20 de febrero de 1938 asumió la presidencia Roberto M. Ortiz Lizardi, una vez más previo fraude electoral. Durante su presidencia, Justo había logrado mantener a los militares relativamente alejados de la práctica política, en una etapa en la que la iglesia argentina empezaba a ofrecer a los jóvenes oficiales una nítida visión de la sociedad civil (y también castrense) de marcado contenido antimarxista, nada liberal, una visión en suma ultranacionalista, integrista, corporativa, antisemita, una visión pletórica de autoritarismo y antiparlamentarismo. Esta concepción surgía frente a la crisis mundial del liberalismo y elevaba a protagonismo mayor al ejército nacional argentino como portador de las virtudes tradicionales de la patria, su raza y su religión. El expansionismo nacionalsocialista alemán, a partir de 1933, y el auge del dogma marxista en Occidente, obraron a favor de este pensamiento bien conservador. Asimismo, la Guerra Civil española, seguida con interés y entusiasmo por sacerdotes y oficiales, afianzó esta identidad agresiva y mesiánica.

¹⁴ Saborido, Jorge. y Privitellio, Luciano. Op. Cit., p. 216 y ss.

En julio de 1940, el presidente Ortiz Lizardi, incapacitado por una grave enfermedad, delegó temporalmente sus poderes en el vicepresidente Ramón Castillo, un conservador que abandonó la política exterior e interior de su predecesor. Así, en la Conferencia Panamericana de Defensa, celebrada en enero de 1942 en Río de Janeiro, pocos días después del ataque japonés contra Pearl Harbour, Argentina y Chile fueron los dos únicos países americanos que se negaron a romper relaciones con las potencias del Eje Roma-Berlín-Tokio. Castillo, que había asumido oficialmente la presidencia, tras la dimisión de Ortiz en junio de 1942, fue depuesto un año después por un grupo de militares, encabezado por el general Arturo Rawson, quien favorecía la ruptura de relaciones con Alemania y Japón. Sin embargo, en vísperas de la asunción de su cargo, sus compañeros le obligaron a dimitir. La presidencia provisional recayó en el general Pedro Ramírez, uno de los líderes del golpe de Estado. Poco después, Ramírez disolvió los partidos políticos, cerró los periódicos y radios opositoras y terminó con el sistema democrático.

Pedro Ramírez relanzó sus relaciones exteriores con Norteamérica e iba encaminado a declarar la guerra a Alemania y Japón, pero una junta militar (la llamada de los coroneles) le obligó a dimitir el 2 de febrero de 1944. El líder indiscutible y carismático del nuevo directorio uniformado era Juan Domingo Perón, que había ocupado el puesto de subsecretario de Trabajo bajo el ejecutivo de Ramírez. Perón manifestaba en público solidaridad con la causa de las democracias occidentales pero siguió protegiendo a los agentes alemanes en suelo argentino. Finalmente, el 27 de marzo de 1945, y cuando la victoria de los Aliados estaba asegurada, Argentina declaró la guerra a Alemania y Japón. Durante el mes que siguió, el gobierno de Perón firmó el Acta de Chapultepec, o convenio de asistencia mutua de las naciones americanas contra cualquier agresión extranjera. Argentina fue uno de los cincuenta y un países que firmó la Carta de Naciones Unidas, en San Francisco, el 26 de junio de 1945. Poco después la junta de los coroneles convocaría elecciones generales.

Los nacionalistas

Después de la pérdida de poder por parte de José Uriburu, los nacionalistas instauraron nuevas organizaciones que se sumaron a la Legión Cívica Argentina (LCA), tales como la Afirmación de una nueva Argentina (Aduna), la Guardia Argentina, el Partido Fascista Argentino, la Alianza de la Juventud Nacionalista y otras muchas. Pocas dudas existen de que los nacionalistas argentinos estaban bien informados de la

trayectoria ideológica totalitaria en Europa. Varios de ellos viajaron al Viejo Continente a encontrarse con Mussolini y otros líderes, como fue el caso de Manuel Fresco, Matías Sánchez Sorondo y Juan Carlos Goyeneche. Y es que, para Mussolini, la Argentina debía liderar las transformaciones del nuevo orden en América del Sur.

Los nacionalistas expresaron su pasión por Mussolini de varias maneras. Así, Felipe Yofre, en su libro *El fascismo y nosotros* (1933), afirmaba que, en realidad, esta ideología era un estado del espíritu. Carlos Ibarguren consideraba que el fascismo se daba en un contexto de incertidumbre mundial y que era la única alternativa posible para su país. La gran mayoría de los nacionalistas tenían verdadera admiración por el Führer, tenían hipnosis hitleriana, en expresión de Juan Casulla. En un texto bien significativo, titulado *La personalidad de Hitler, Nuevo Orden*, 1941, Julio Irazusta sostenía que las razones aducidas por el escritor español Ramiro de Maeztu para definir a Hitler como “el genio político del siglo XX” habían aumentado considerablemente tras la muerte de éste. En opinión de Irazusta, el dictador alemán en *Mein Kampf*, había elaborado un tratado de ciencia práctica para uso de los alemanes, basado en ideas generales de la mayor solidez. Para Irazusta, cinco eran los rasgos más significativos de la gestión política de Hitler: 1) brillante carrera, 2) acción eficaz, 3) flexibilidad, 4) modestia, 5) amplitud. Hitler era “un hombre eminentemente sensato, lo más opuesto al megalómano, intolerante y presuntuoso que nos pintan sus detractores”¹⁵.

Por otro lado, el catolicismo integral dio al nacionalismo fascista argentino la legitimidad del altar. Si los nacionalistas se consideraban perfectos católicos, lo eran en tanto que se sentían soldados ortodoxos de Cristo. Para la publicación *Crisol*, el catolicismo era la bisagra de lo que querían o no los argentinos. La religión era la pureza, el compendio de los valores tradicionales, la familia respetable y, por el contrario, se identificaba homosexualidad con democracia, como hizo el padre Gabriel Riesco. Y fueron hombres próximos a la iglesia católica quienes, a la par que los nacionalistas, impulsaron el antisemitismo, dándole una legitimidad que nunca antes había tenido.

Desde finales del siglo XIX se habían dado brotes antisemitas en el país, y Sarmiento no estuvo muy alejado de estas aberraciones. Pero fue durante la llamada Semana Trágica de 1919, cuando el antisemitismo argentino pasó a ser práctica

¹⁵ Cfr. Federico Finchelstein. Op. Cit., p. 55.

relativamente frecuente. Sacerdotes, como Gustavo Franceschi, Julio Meinvielle o Virgilio Filippo, los dos últimos financiados por las embajadas alemana e italiana respectivamente, los que, junto a Gustavo Martínez Zubiría (Hugo Wast), tuvieron un papel preeminente en la definición del modelo antisemita tradicional, viendo en el judío no sólo al traidor bíblico por excelencia, sino al enemigo del pueblo por principio. Por ejemplo, Gustavo Franceschi acusaba a los hebreos de vivir en todas las naciones pero no identificarse con ninguna, de explotar económicamente al país en el que se asentaban y de constituir el disolvente social por antonomasia a través de los movimientos revolucionarios. Meinvielle hablaba de una dicotomía histórica, según la cual el cristianismo y el judaísmo representaban un combate eterno entre lo espiritual y lo etéreo (representado por lo primero), y lo bajo, vulgar y carnal (representado por lo segundo). Los cristianos representaban a Dios y los judíos al anticristo. Este sacerdote nacionalista proponía la violencia fascista (*El Pueblo*, 18 de octubre de 1936), para terminar con los hebreos a los que acusaba de dirigir el protestantismo, el liberalismo y el comunismo, y de promover el pecado para, a través de él, esclavizar a los cristianos. En su libro *El judío*, de 1936, Meinvielle dicta como aseveración incuestionable el dominio judío mundial de la política, la educación, la economía y los medios de comunicación, mientras alertaba de la peligrosa promiscuidad de judíos y cristianos. Este autor remarcaba el énfasis extremo en la corporalidad y la sexualidad que tenían los hebreos, según su entender, y que eran la antítesis del modelo espiritual cristiano. Los ejemplos más notorios de este “contagio” estaban en Freud, Lenin y Trotski.

En la publicación *Claridades*, las imágenes católicas tradicionales de los judíos como deicidas, eran fusionadas con aquellas en que aparecían con cuerpos desnudos, enfermos, que avanzaban tambaleándose pero con el órgano sexual erecto amenazando a todo el mundo con el contagio promiscuo¹⁶. La publicación en la década de los treinta de *Kahal y Oro*, significó la consagración definitiva del escritor Hugo Wast con el nacionalismo fascista católico argentino. El argumento de la novela versa sobre la idea nada original de la confabulación judía universal. Teoría que fascinó a los miembros de la Acción Antijudía Argentina (AAA) quienes hacían alarde de “las estrechas vinculaciones que existen entre estos asquerosos mercachifles y los opulentos banqueros que hacen casar sus hijos al son de bombos y platillos con las niñas de la

¹⁶ Finchelstein, Federico. Op. Cit., p. 88.

tronada y orgullosa aristocracia porteña”¹⁷. Para los nacionalistas la solución definitiva del problema judío en la Argentina, representaba uno de los aspectos más originales del fascismo local. Los hebreos personificaban, para los nacionalistas, a los enemigos internos e irreconciliables. En *Claridades* (1939-1942) se hablaba ya abiertamente de su eliminación, de su desaparición.

En octubre de 1934 se celebró, en Buenos Aires, el Congreso Eucarístico presidido por el cardenal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII, y tuvo un extraordinario éxito de público. En adelante, y como sustentan Saborido y Privitellio¹⁸, la iglesia argentina no dejaría de crecer en capacidad de convocatoria y en poder público, convirtiéndose en una de las más exitosas asociaciones espirituales y de influencia social. Todo ello sin olvidarnos de que, a partir de 1935, la iglesia católica argentina se lanzará a la conquista del Estado. Este hecho va de la mano de un nacionalismo potente, surgido en el país por las mismas fechas pero que tenía recios antecedentes durante el siglo XIX en las disputas fronterizas acontecidas con Chile y Paraguay.

Había también una reacción nada amable -desde el siglo XIX- contra los extranjeros (especialmente contra los británicos) pues se consideraba que sus comerciantes e industriales obtenían ganancias excesivas frente a la inversión que aportaban. Se trataba de una teoría de la descompensación de beneficios económicos que hacía ver a los políticos que la propiciaban (la llegada de comercio extranjero) como “vende-patrias”, término que se mantiene hasta la actualidad.

Antes de 1930, la exclusión deliberada por motivos conscientemente nacionalistas ocurrió en un sector solamente: la industria del petróleo. El resto eran protestas de corte popular y retórica patriótica como las quejas por el coste de los transportes por ferrocarril que hacían los terratenientes camperos, o como aquellas otras contra el capital foráneo o cuando los consumidores urbanos atacaban las tarifas establecidas por los servicios públicos. Había más elementos configuradores del nacionalismo:

Otro precursor del nuevo nacionalismo fue el yrigoyenismo. El movimiento de la reforma universitaria de 1918 había injertado un brote de doctrina radical y antiimperialista, importado principalmente de México e indirectamente de Rusia, en las preocupaciones de la nueva clase media por ampliar los caminos de la

¹⁷ Archivo IWO. Buenos Aires. AAA, n° 14, 1939. Cfr. Federico Finchelstein, p. 91.

¹⁸ Op. Cit., pp. 234-235.

movilidad social. Este híbrido dio nuevo fruto durante la batalla del petróleo de fines de los años veinte. Los yrigoyenistas consideraron la batalla del petróleo como la culminación de la lucha por la democracia y la caída de la “oligarquía”. Es quizá más exacto describirla como un incipiente síntoma de estancamiento económico y un estrechamiento de los canales de movilidad social pues reflejó un inconsciente anhelo de industrialización y la búsqueda de nuevos trabajos de clase media. Los mismos impulsos generales se hicieron evidentes en un movimiento radical juvenil nacionalista fundado en 1935, llamado la FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Juventud Argentina). La FORJA combinaba la vieja adhesión radical a la “democracia integral” con el tipo de nacionalismo categórico e intransigente expresado en el lema: “Somos una Argentina colonial; queremos ser una Argentina libre”. Pero todavía el nacionalismo con el aparente empuje izquierdista encarnado por la FORJA era una rareza. Los impedimentos al desarrollo del nacionalismo obrero surgían de la estructura de la clase obrera y también del programa de los líderes obreros. Hasta los años treinta, gran parte de la clase obrera había nacido en el extranjero, y como indicaba el bajo índice de nacionalización, las fidelidades trasatlánticas eclipsaban a las locales. Los primeros líderes anarquistas de la clase obrera eran análogamente cosmopolitas e internacionalistas en sus concepciones. Los líderes con lazos locales más firmes, como los socialistas, dirigían sus energías a defender los salarios reales y el consumo. Los socialistas eran defensores extremos del libre comercio; consideraban las inversiones extranjeras como un instrumento necesario del desarrollo económico y la modernización. Así, entre su electorado obrero natural, el nacionalismo de la izquierda carecía de una base social y política, cimientos que no desarrolló hasta que la industria urbana empezó su rápido ascenso a fines de los años treinta. Pero pese a tales variados y complejos orígenes, hasta mediados de los años treinta el “nacionalismo” estaba representado por figuras de la derecha, como Uriburu. El principal movimiento nacionalista surgió de la Liga Patriótica de 1919, que imbuía su visión nacionalista de xenofobia, nativismo, clericalismo, antisemitismo, antianarquismo y sobre todo anticomunismo. A fines de los años veinte, esta tendencia del nacionalismo fue también antiyrigoyenista y autoritaria, influida cada vez más por doctrinas corporativas y a veces fascistas. Fue en la extrema derecha política donde el antiimperialismo radical dejó su mayor huella en los años treinta, y sobre esta base el movimiento nacionalista se transformó en un amplio programa político¹⁹.

Algunos historiadores también jugaron un papel importante en la configuración de esta mentalidad ya que atacaron con fiereza la preponderancia británica en las relaciones bilaterales con Argentina. Así, las invasiones inglesas de 1806-1807 ya no parecían tan beneficiosas, y mucho menos la ocupación de las Islas Malvinas en 1833, mientras que la figura del dictador Juan Manuel de Rosas era recuperada apareciendo como un símbolo de la resistencia nacional a la dominación europea. Se discutía no sólo acerca del lugar de la Argentina en el mundo, sino sobre la naturaleza de ese mundo y el papel que le tocaba desempeñar a este país.

¹⁹ Rock, David. Op. Cit., p. 294.

La Gran Depresión de 1929, el ascenso del nazismo, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial impactaron mucho en el entramado cultural nacional, que también se hacía eco del auge del marxismo en la civilización occidental²⁰. Así es que, en principio, las ideologías nacionalistas y antiliberales, que durante los años veinte se habían limitado a grupos minoritarios, comenzaron a difundirse como solución a un mundo lleno de incógnitas acerca del futuro. Además, la depresión de 1929 gestó un hecho verdaderamente curioso, por el cual tal crisis aportaba medidas higienistas. Así lo vieron muchos intelectuales de izquierda, quienes se alejaban de manera indescriptible de lo que parecía ser el final del sistema capitalista. Pero, por otro lado, los pensadores nacionalistas, católicos o de pasión fascista, celebraban el hundimiento catastrófico de las democracias liberales surgidas en el siglo XIX y que ahora se terminaban. A este respecto no hay que olvidar que antes de ser catalogado como escuela del crimen y de maldad, la ideología fascista despertó visiones utópicas tan profundas y convincentes como las que provenían de la URSS marxista. Todo ello sin olvidarnos que la ideología fascista vino de la mano del nacionalcatolicismo y, a partir del Congreso Eucarístico de 1934, la iglesia católica argentina demostró que era capaz de reunir a la mayor concentración de masas. En verdad, la idea general de la concepción de una cruzada mundial contra los principios laicos, nacionalistas y liberales que desembocaban en la anarquía y el comunismo, según su propia expresión, funcionó como un catalizador de voluntades civiles y militares, pues pronto las fuerzas armadas adoptaron este dogma ideológico, caracterizado por rasgos antisemitas y por un claro corporativismo y neotomismo, mientras se criticaba a las modernas naciones materialistas y protestantes de corte anglosajón.

Tal y como indican Saborido y Privitellio, nada se parece en la izquierda a ese asalto en tono de cruzada emprendido por la iglesia católica. De todas las maneras, una amplia gama de escritores izquierdistas como Álvaro Yunque, Raúl González Muñón, José Portogalo, Roberto Mariani, Elías Castelnuovo, Leónidas Barletta y Aníbal Ponce

²⁰ Es interesante la consulta de los siguientes trabajos: Cantón, D., Moreno JC. y Ciria, A. *La democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, 1972. Cattaruzza, A. (Dir.) *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Nueva Historia Argentina VII, Buenos Aires, 2001. Ciria, A. *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*, Buenos Aires, 1975. Díaz Araujo, E. *La conspiración del 43. el GOU, una experiencia militarista en la Argentina*, Buenos Aires, 1971. Godio, J. *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires, 1989. Jauretche, A. *FORJA y la Década Infame*, Buenos Aires, 1976. Murmis, M. y Portantiero, J.C. *Estudios sobre los orígenes del peronismo I*, Buenos Aires, 1971. Rouquie, A. *Poder militar y sociedad política en la Argentina, I, hasta 1943*, Buenos Aires, 1982.

mostraron abiertamente su pasión por la Unión Soviética, más teórica que real ya que sólo unos pocos realizaron el viaje de rigor al Moscú comunista. La revista *Claridad* era el centro de propaganda marxista. No obstante, existió una actividad sindical y de protesta, obra que podemos tildar de considerable, y la mayoría de las huelgas se limitaron a sectores con especiales problemas en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, como la metalurgia que necesitaba materias primas que eran escasas y caras. Por ejemplo, este ramo de la actividad industrial acumuló -él solo- los dos tercios de las huelgas de 1942. Así que, si las cuestiones salariales, como tan bien han estudiado Miguel Murmis, Juan Carlos Portanero, Ricardo Gandio y Jorge Pilone, habían predominado en el periodo posterior a 1915, después de 1940 la principal causa de lucha eran los beneficios salariales, las bajas por enfermedad o accidentes remunerados y las vacaciones pagadas. Y fue en este ambiente cuando Perón inició una política de acercamiento a los obreros, siempre con la intención de defenderse contra una revolución marxista y proponiendo por el contrario su ideología nacionalista. Este hecho se vio claro en la habilidad con la que Perón supo aprovechar la debilidad de las fuerzas sindicales y también de la CGT, esta central sindical se había dividido en dos facciones, en 1943, después de un intento comunista de asumir su control. Tal circunstancia se vio con nitidez en el discurso que pronunció en la Bolsa de Comercio, en Buenos Aires, en agosto de 1944:

Señores capitalistas, no se asusten de mi sindicalismo, nunca mejor que ahora estaría seguro el capitalismo [...] Lo que quiero es organizar estatalmente a los trabajadores, para que el Estado los dirija y les marque rumbos y de esta manera se neutralizarían en su seno las corrientes ideológicas y revoluciones que puedan poner en peligro nuestra sociedad capitalista en la postguerra²¹.

Perón no era partidario de reprimir al movimiento obrero pues consideraba que las concesiones a la clase obrera por parte del gobierno eran medidas que, a la larga, se tornaban más eficaces que la coacción social. Perón sostenía que la represión conduciría a Argentina a una rebelión del pueblo y proponía que el Estado realizase una revolución pacífica. Insistía en que la solución a estas cuestiones estaba en hacer justicia social en las masas de gobernados. Afirmaba que la puesta en práctica de estas políticas no iba a gustar a quienes eran poseedores de enormes cantidades de dinero, o sea, los latifundistas, industriales y terratenientes de los que afirmaba que eran los peores enemigos de su propia felicidad. De esta manera, Perón iniciaba un gobierno de

²¹ Cfr. Rock, David. Op. Cit., p. 326.

anticomunistas fanáticos que atacaba a los grupos sociales de mayor tenencia de capitales. En muchos aspectos bebía de las fuentes del fascismo más ortodoxo y en el que el corporativismo del Estado tenía una preponderancia verdaderamente extraordinaria. El Estado se transformaba en el elemento responsable en la promoción de la integración social y en la regulación de la comunidad para el bien común, mientras que los sindicatos existen gracias a las concesiones graciosas de éste. Sin embargo, como sustenta David Rock, el nacionalismo y corporativismo eran aún cuerpos ideológicos minoritarios en una sociedad cuyo carácter e inclinaciones continuaban aún bajo tonalidad liberal²²:

Perón llevó el juego de movilizar los sindicatos con habilidad consumada, aprovechando plenamente todas las oportunidades. Pero el juego se estaba volviendo peligroso, pues la oposición al gobierno de Farrell empezó a centrarse en el mismo Perón a fines de 1944. Al final del año las tensiones subieron cuando la Unión Industrial Argentina (UIA) rompió públicamente con Perón con motivo de los aguinaldos de fin de año que había decretado para los trabajadores. Muchos patronos ahora se unieron a las *Fuerzas Vivas* y los partidos acusando a Perón de fascista demagogo. A principios de 1945, Perón y Farrell obtuvieron cierto alivio de la oposición después de un inesperado cambio en la política norteamericana hacia la Argentina. En los seis meses anteriores los norteamericanos habían aumentado la presión sobre el régimen militar. En junio de 1944 retiraron a su embajador, persuadiendo a los renuentes británicos a que los imitasen. En agosto los activos de Argentina en oro en los Estados Unidos fueron congelados y en septiembre la prohibición sobre las exportaciones se extendió a toda la maquinaria del petróleo, los repuestos para automóviles, la maquinaria para el papel y los suministros a los ferrocarriles. Durante todo este periodo Hull lanzó acusaciones de que Argentina se había convertido en un refugio para nazis escapados, y proyectaba una guerra imperialista contra sus vecinos latinoamericanos. En noviembre de 1944, sin embargo, Hull renunció como Secretario de Estado. La responsabilidad de los asuntos latinoamericanos en Washington pasó entonces a un nuevo subsecretario, Nelson Rockefeller. Éste aportó un nuevo enfoque. Durante un tiempo Estados Unidos intentó la conciliación. Ahora los norteamericanos aliviaron las prohibiciones comerciales e insinuaron el fin de las restricciones sobre las armas del préstamo y arriendo. El cambio de política -cálidamente aprobada por muchos fabricantes y exportadores norteamericanos interesados en ampliar su acceso al mercado argentino- rápidamente produjo resultados. En febrero de 1945 Argentina se convirtió en signataria del Acta de Chapultepec, que comprometía a las naciones americanas a la cooperación en defensa mutua y comercio. Por último, a fines de marzo, Argentina declaró la guerra a Alemania y Japón. Cuando lo hizo, los Estados Unidos otorgaron pleno reconocimiento diplomático al gobierno de Farrell²³.

Sin embargo, este idilio fue fugaz pues tras la muerte de Roosevelt, a mitad de abril de 1945, Harry S. Truman asumió la presidencia de USA. Alemania se rindió

²² Rock, David. Op. Cit., p. 327.

²³ Rock, David. Op. Cit., p. 328.

incondicionalmente el 7 de mayo y de inmediato se impusieron sanciones comerciales contra la República Argentina, exigiéndose elecciones inmediatas para levantar tal castigo. El nuevo embajador norteamericano, Spruille Braden, no ocultaba su malestar contra el gobierno de Farrell, mientras animaba a los opositores de la junta militar a luchar contra ella. Así, el 19 de septiembre de 1945, una gran manifestación, llamada “Marcha de la Constitución y la Libertad”, tuvo lugar en Buenos Aires, congregando a miles de descontentos con el ejecutivo de entonces, a la vez que proferían protestas e insultos. Por todo el país se hablaba de guerra civil. El 24 de septiembre el general Arturo Rawson -el que fuera presidente durante tres días en 1943- encabezó un golpe de Estado, pero fracasó. A principios de octubre, Farrell destituyó a Perón -presionado por un sector del ejército- de sus múltiples cargos y fue encarcelado. Los sectores liberales y las oligarquías financieras y productivas celebraron su victoria de la mano del embajador norteamericano Braden, máxime cuando se había dejado el gobierno en poder de la Corte Suprema. Lo que enardecía aún más a los uniformados.

La oposición se mostró entonces dispersa y desorientada y con fondo espúreo, toda vez que vacilante. Por el contrario, los seguidores de Perón y con la excusa de llenar el vacío de poder creado, se movilizaron en los barrios obreros del Gran Buenos Aires, especialmente para denunciar los hechos y liberar a Perón. Los más activos fueron Cipriano Reyes, un líder de los trabajadores de las industrias cárnicas, el coronel Domingo Mercante, el más cercano colaborador de Perón en la Secretaría de Trabajo que antes ocupaba y Eva Duarte, su joven y atractiva amante.

La Revolución Libertadora

El 17 de octubre de 1945 miles de obreros se lanzaron a la calle y marcharon hacia la sede presidencial de la Casa Rosada, en la Plaza de Mayo, donde exigieron la liberación carcelaria de Perón y también de sus cargos de responsabilidad. Ante esta conjunción de hechos, la oposición interior y exterior a este político se batió en retirada y Farrell recuperó el gobierno y a su colaborador más afamado, Juan Domingo Perón. Después, Farrell anunció elecciones presidenciales para febrero de 1946²⁴. Podemos

²⁴ Para el estudio de este periodo histórico hemos seleccionado los siguientes trabajos: Martínez, PS. *La Nueva Argentina (1946-1955)*, Buenos Aires, 1976, 2 tomos. Halperin Donghi, T. *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, 1994; *Argentina, la democracia de masas*, Buenos Aires, 1983. Navarro Gerassi, M. *Evita*, Buenos Aires, 1981. Panella, C. (compilador), Arrondo, C, Sanz, V. y Fonticelli, M. *La prensa y el peronismo, crítica, conflicto, expropiación*, La Plata, 1999. Rouquie, A. *Poder militar y sociedad política en la Argentina, II, 1943-1973*, Buenos Aires, 1982. Torre, J.C.

considerar este hecho como clave para entender el hundimiento de la tradicional clase política conservadora, heredera de dogmas y postulados ideológicos decimonónicos, mientras que hay que consignar el triunfo de los nacionalistas. Prueba de ello es que, tras su rehabilitación política, Perón obtuvo el apoyo incondicional de la Alianza Libertadora Nacionalista, además del de un sector considerable de la clerecía nacional. En las provincias del interior viejos jefes del partido conservador se pasaron al peronismo. Después del mes de octubre de 1945 la clase obrera y los líderes sindicales se unieron al Nuevo Partido Laborista. Perón también consiguió el apoyo de una facción minoritaria del Partido Radical, que se llamó Unión Cívica Radical-Junta Renovadora, predominando la clase obrera urbana, organizada en este ámbito de sustento de la ideología de Juan Domingo Perón.

Por otro lado, la oposición formó la Unión Democrática, una coalición que aunaba a conservadores y comunistas, aunque su núcleo lo configuraban los miembros del Partido Radical. En vísperas de las elecciones de 1946, el gobierno de Estados Unidos, de la mano del embajador Braden, hizo todo lo posible por destrozar la reputación de Farrell y Perón acusándoles de corruptos, mientras alababa las virtudes de la Unión Democrática. Perón aprovechó este hecho e hizo optar al país, según su propio discurso: Braden o Perón, o sea, la ingerencia extranjera o la patria. Perón ganó las elecciones con el 54% de los votos.

Existe un consenso generalizado en la historiografía que versa sobre la historia contemporánea de Argentina a la hora de considerar que los tres primeros años del mandato de Juan Domingo Perón (1946-1948) fueron de extraordinario crecimiento de la economía nacional debido, en primer lugar, al alto precio de los productos agrícolas que el país exportaba, lo que contribuyó a una notable acumulación de divisas que en gran parte tenía que ver con la situación sociopolítica inherente a la posguerra mundial. Desde 1944 había tenido lugar una legislación favorable para proteger la producción nacional de manufacturas que se acompañó de un sistema de cambio de divisas múltiple y que favoreció, sin lugar a dudas, la importación de materias primas y bienes de equipo, de los que el país carecía, al menos en términos relativos. Por otro lado, desde 1946 hasta 1948, el Estado corporativo que creara Perón empezó la nacionalización de

(compilador) *la formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, 1988, (Dir.) *Los años peronistas (1943-1955)*, Nueva Historia Argentina VIII, Buenos Aires, 2002. Waldmann, P. *El peronismo, 1943-1955*, Buenos Aires, 1980. Wynia, G. *La Argentina de posguerra*, Buenos Aires, 1986.

los servicios públicos, tales como telefonía, gas, puertos, ferrocarriles o seguros, hasta pasar el gasto público a ocupar el 29% del PIB total. La nacionalización de los ferrocarriles fue la operación más costosa y controvertida, no tanto por lo que acontece al transporte de mercancías, sino por lo que tiene que ver con la exportación de carne y productos agropecuarios a los puertos marítimos, y por el tránsito interior de manufacturas y de dichas producciones. En su nuevo rol interventor, el Estado actuó como creador de compañías estatales de capitales mixtos, como es el caso de la aparición de la industria metalúrgica (Industrias Mecánicas del Estado), de la siderúrgica (Sociedad Mixta Siderurgia Argentina), de la química (Fabricaciones Nacionales de Productos Químicos), de la energética (Gas del Estado y Yacimientos Carboníferos Fiscales) y de transportes (Empresa de Líneas Marítimas Argentinas y Flota Aérea Mercante Argentina). Todo ello se cerró con la recuperación del monto total de las exportaciones que Argentina había hecho al Reino Unido durante la II Guerra Mundial y cuyo capital se hallaba inmovilizado en libras-oro, que pasaron a ser convertibles tras varias y arduas negociaciones con Londres. La presencia, por otro lado, del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) se convirtió en elemento clave del intervencionismo estatal del que venimos hablando, porque hizo de intermediario entre los productores rurales y el mercado externo, comprando las cosechas a precios razonables que luego vendía en los mercados internacionales con plusvalías a veces verdaderamente considerables. El numerario que el Estado obtenía así le permitía su reutilización en el sector secundario o para conceder créditos y subvenciones. Se trataba, como no podía ser de otra manera, de una nítida transferencia de recursos dinerarios desde el sector agrario al industrial, modelo este que ayudó a controlar los precios internos de los alimentos, lo que, a su vez, hacía crecer las simpatías de las masas obreras hacia el gobierno y sus políticas fiscales, comerciales y mercantiles. Añadamos a esta circunstancia que los salarios reales crecieron un 46% entre 1942 y 1956, a la par que en el campo se verificó un aumento del número de propietarios que pasó del 34% al 54% del total.

Perón gustó de los planes quinquenales que se habían impuesto en la URSS en la década de los treinta. El primer Plan Quinquenal (1947-1951) sancionaba oficialmente la prioridad que el gobierno otorgaba a la industria ligera con alta protección arancelaria, fácil acceso al crédito y crecimiento del consumo. Todo ello permitió que el tejido industrial se fuera ampliando y diversificando gracias a que el Estado pasó a

convertirse en el primer comprador. Los resultados globales del plan fueron altamente positivos, veamos:

1. El PIB creció a un promedio del 8'5% anual.
2. El consumo interno llegó al 13'6% anual.
3. Las exportaciones pasaron de consignar 1.004 millones de dólares en 1946 a 1.604 en 1948, lo que permitió mantener una balanza comercial favorable a pesar del gran auge de las importaciones que subieron de 504 millones a 1.568 millones de dólares en el mismo periodo.

Los aspectos negativos de esta experiencia tienen que ver con la inflación que osciló entre el 13 y el 17% anual, y con la disminución de las reservas de recursos por parte del Estado debido a la mencionada compra de los ferrocarriles y a las empresas mixtas que articuló el Estado, sin olvidarse de los pagos a la deuda externa. A principios de 1952, muy pocas semanas después de haber triunfado en las urnas, Perón se decidió a poner en marcha un nuevo Plan Quinquenal (1952-1956) que corrigiese los desequilibrios existentes en la económica nacional, y que enderezase -sobre todo- la galopante inflación que azotaba a la sociedad en general y a los planes gubernamentales en particular. Se empezó por incrementar la presión fiscal y contener el gasto público y se congelaron precios (públicos y privados) y salarios por dos años. En adelante, el aumento de las nóminas se vincularía a la productividad. Las consecuencias fueron favorables porque la inflación cayó al 4% en 1953 y al 3'8% en 1954, y el crecimiento económico fue del 5'3% en 1953 y del 4'1% en 1954 y la balanza comercial se tornó positiva.

Este segundo plan quinquenal buscaba arraigar la industria pesada para lo que se necesitaba capital en abundancia. Por ello se fomentó el ahorro interno y se promulgó la ley de 1953 que abrió paso a la capitalización exterior, hecho este que, sin embargo, no obtuvo mucha aceptación en el parlamento, lo cual muestra hasta qué punto el mensaje anticapitalista, lanzado por Perón, había calado entre sus partidarios.

El dogma justicialista

Perón partía en sus convicciones políticas, de una base cristiana aprendida desde su infancia y que formaba parte del bagaje cultural de toda su generación. El profundo patriotismo castrense pero también de ambientación civil del que bebió en su juventud, será otro de los puntales de su ideología. Perón tenía una profunda desconfianza en el

sistema establecido para salir de la crisis postbélica, puesto que, si los principios liberales decimonónicos habían dejado de ser, en las conciencias individuales de una parte de la población europea, la panacea para resolver todos los problemas y sublimar todas las frustraciones, no había ocurrido lo mismo en la mentalidad de las élites dirigentes. Así se produjo una desconexión entre las masas populares y el poder existente. Por otro lado, las aspiraciones sociales y económicas de la población distaban mucho de ser satisfechas, siquiera en unos mínimos vitales, sobre todo a partir de la crisis de 1929. Esto hizo que los partidos y organizaciones sindicales, defensoras de un cambio radical en las estructuras socioeconómicas vigentes, recibieran hasta entonces un apoyo considerable. En este sentido, los partidos marxistas europeos tuvieron un crecimiento espectacular, provocando una reacción conservadora en la burguesía, la cual pasó a apoyar organizaciones, que negaban en la práctica, aunque no en la dialéctica, no sólo el principio de igualdad, básico en las tesis revolucionarias marxistas, sino también el de la libertad, y que desde la Revolución Francesa nadie había puesto en entredicho, al menos seriamente.

Perón creía en la preponderancia del jefe como mando indiscutible y con un poder dictatorial y elitista que se traducía en actuaciones autocráticas. Proponía sentimientos nacionalistas exacerbados y el mantenimiento de la unidad territorial con el fin de preservar su desarrollo interior. De esta manera, se potencia la adopción de una política centralista y uniformizadora, así como la unidad de un partido político único, con la consiguiente ilegalidad de todas las demás formas de gobierno. La supremacía del poder ejecutivo debe prevalecer sobre el judicial y el legislativo. Además, se propugna la prevalencia total del Estado sobre todos los demás entes y realidades existentes en un pueblo o nación. En definitiva, al Estado le correspondía, según su criterio, la realización de todos los valores de índole político, cultural y económico que precisaba el pueblo argentino. Va a desarrollar, asimismo, una lucha encarnizada contra el peligro comunista pero también contra las doctrinas liberales y contra la clásica democracia parlamentaria. Así, este político empezó por la cristalización ideológica que confirmó después, con la acumulación de poder político, estableciendo bases perdurables de acción social. Criticaba lo que veía como pasividad de la clase obrera pues afirmaba que sólo se movilizaba para conseguir mejoras salariales parciales. Por ello, entre la proletarización permanente y la revolución, los peronistas debían escoger la revolución nacionalista transformadora de las estructuras de la patria. Patria que no

sería un auténtico todo, afirmaba, hasta no haber conseguido integrar al proletariado. Para Perón, la nación era un organismo comparable a un ser vivo y que estaba por encima de la voluntad de cada individuo. La verdad, la justicia y el derecho sólo existen -afirmaba- para servir a las necesidades de la colectividad. Se trata de una visión de la sociedad concebida como algo cerrado y compartimentado. El justicialismo político consideraba al ciudadano como integrante de una masa, la cual debe ser dirigida por una élite especialmente preparada. La masificación programada se consigue por desarticulación o destrucción de las clases sociales en general, y más concretamente de la clase media-baja y del proletariado. Asistimos a una sustitución del concepto *lucha de clases* por la *lucha de pueblos*, así se consigue un proletariado desclasado y se neutralizan todas las reivindicaciones sociopolíticas. De este modo, frente al sindicato horizontal proletario van a hacer su aparición los movimientos corporativos verticales. Los conflictos entre el capital y el trabajo quedan superados por la acción autoritaria del Estado, que pone su mira en la máxima potenciación de la producción.

La revolución de la juventud también fascinó a Perón y esta idea, junto con las otras que estamos tratando en este epígrafe, tiene notables trazos de similitud con todos los fascismos políticos contemporáneos. La nueva sociedad debía estar compuesta por una nueva vanguardia aliada a una juventud sedienta de acción y por ello las masas necesitan mitos para avanzar, es el caso de Evita, y también el de Juan Domingo Perón. Tenían claro que las imágenes, los símbolos o los sentimientos impulsan a los individuos a la acción, en ningún caso el razonamiento lleva a este puerto. Y para conseguir la base social necesaria, que sustentase su credo ideológico, el justicialismo se autoconvenció de que un movimiento nacional deja de serlo si no garantiza la integración de las capas sociales más desfavorecidas de la sociedad. La disciplina, la autoridad, la solidaridad social, el sentido del deber y sacrificio y los valores heroicos se convertirán entonces en el hilo conductor de la creencia peronista, similar a la de otros fascismos coetáneos. Por esa razón se dará primacía al partido único y existirá una clara supremacía del poder ejecutivo que dominará sobre el legislativo y el judicial. Se propugnará la primacía del Estado frente a las demás instituciones y realizaciones existentes en un pueblo o nación, pues al Estado le correspondía la puesta en práctica de todos los valores de índole político, cultural y económico existentes en cada sociedad. De esta forma, se sustituye la lucha de clases por la lucha de pueblos. Frente al sindicalismo horizontal de clase van a hacer su aparición los movimientos corporativos

verticales. Los conflictos entre el capital y el trabajo quedaban superados por la acción autoritaria del Estado, que pondría sus objetivos en la máxima potenciación de la producción. Sostenía Perón que había que hacer que el Estado tuviese una correcta intervención como director de la economía nacional.

La Nueva Argentina

El éxito electoral de Juan Domingo Perón en los arranques del año 1946, y cuyo gobierno duraría hasta 1955, iba a suponer una derrota en toda regla de las pretensiones de la administración norteamericana en los inicios de la Guerra Fría, ya que el presidente Truman había iniciado una dura campaña en todos los frentes para desnazificar cuantas sociedades hubiesen sido tocadas por la doctrina hitleriana. Y ahora Perón, al que se acusaba de ser protector de nazis alemanes, había legitimado su poder tras un proceso electoral limpio. Sin embargo, el carácter nacionalista y anticomunista de su gobernación jugaría con el tiempo a su favor.

Perón prometía una nueva Argentina, sustentada sobre la justicia social, la soberanía política y la independencia económica, por utilizar su propia terminología. Buscó la regeneración, la ruptura con el pasado con una revolución que nunca se llegó a consumir, nunca fue del todo efectiva. Además, el ascenso y la caída de su dictamen gubernativo trajeron como consecuencia la intervención militar en la vida institucional, lo que contribuyó a desacreditar el sistema democrático legislativo y judicial del país. Esta circunstancia devengó en tensiones inéditas o enfrentamiento peronismo-antiperonismo que culminarían en un estallido de furibunda violencia en la primera mitad de la década de los setenta, contribuyendo -también- a la aparición de grupos terroristas (Montoneros, ERP) y al terrorismo de Estado de la dictadura de 1976. En muchos sentidos, podemos sustentar que la era Perón supone una ruptura con el pasado más cercano. Para sus seguidores incondicionales este militar fue el arquitecto de acero de una sorprendente mutación social que benefició de forma extraordinaria a la clase obrera urbanita. Los cambios introducidos y más beneficiosos para los trabajadores fueron los planes de pensiones y la protección contra el desempleo, jornada de trabajo legalmente definida, vacaciones y jubilaciones pagadas, sueldos extraordinarios, mejores condiciones laborales e higiénicas, descanso dominical rigurosamente establecido, indemnización por accidente, cursos de formación a cargo de las empresas, pleno rango legal para los sindicatos y las oficinas de empleo, y derecho de los obreros al acceso a la cultura.

En el terreno sanitario, se creó en 1943 la Dirección Nacional de Salud Pública, en 1946 la Secretaría de Salud Pública y en 1949 el Ministerio de Salud Pública. La medicina, con carácter preventivo, gozó desde entonces de una prioridad no común por parte del peronismo. El concepto que Perón tenía de la justicia social, también suponía un sustancial aumento de los ingresos de los asalariados con respecto a otros sectores. Los más desfavorecidos de la sociedad, a los que Perón bautizó como “masas de descamisados”, gozaron de una elevación de su consideración social haciéndoles copartícipes del momento histórico que estaban viviendo al amparo de la protección y la cobertura del justicialismo peronista. A esta circunstancia contribuyó la figura de Eva Perón, “Evita”, como la llamaban sus seguidores, quien se convirtió en el nexo entre el ejecutivo y los sectores populares no encuadrados en organizaciones de partido o sindicato. En 1948 se creó la Fundación de Obra de Ayuda Social “María Eva Duarte de Perón”, que dio paso, en 1950, a la Fundación “Eva Perón”, que sustituiría a la aristocrática Sociedad de Beneficencia. A través de la Fundación, se consiguió incluir en el peronismo a los más pobres, a los excluidos, a muchos jóvenes, desocupados y subempleados.

Entre 1946 y 1955 el gobierno fundó treinta y siete centrales hidroeléctricas y un oleoducto desde Comodoro Rivadavia para abastecer a las refinerías de petróleo de La Plata y Buenos Aires. Perón también creó una línea aérea nacional y una flota mercante que, en 1950, transportaba el 16% del comercio ultramarino del país. Entre 1946 y 1953 nacieron setenta y cinco mil nuevas empresas y este avance industrial hizo retroceder la dependencia de los productos manufacturados importados, que eran el 40% del total en 1930. En 1955 no llegaban al 10%. Como señala David Rock, el peronismo también hizo una importante contribución al desarrollo espiritual de la nación. Así, en un planeta bipolar, pletórico de Guerra Fría, las doctrinas del justicialismo ofrecían una alternativa diferente al comunismo y al capitalismo, o al menos eso creían sus seguidores.

La existencia de una organización sindical organizada y unificada, en condiciones de participar de forma directa en las negociaciones con la patronal pero siempre bajo la tutela del Estado, constituía uno de los fundamentos del ideario peronista que buscaba a toda costa la paz social y la concreción de convenios colectivos. Y es en este ámbito donde debemos incluir a la CGT que, al no poder independizarse del gobierno a finales de 1946, se sumó al proyecto político peronista bajo una total subordinación al mismo. A cambio, podemos afirmar que el peronismo fue el momento

en el que el sindicalismo adquirió una etapa preponderante en la vida política argentina, situación que no se iba a modificar tras la caída de su líder. Con la clase empresarial, las cosas fueron más difíciles, pues a los directores de las fábricas no les gustaba demasiado la política populista de Juan Domingo Perón, aunque como se estaba viviendo un ciclo expansivo de la economía, el reparto de la riqueza se volvía más dúctil. Pese a todo, en agosto de 1952, nació la Confederación General Económica (CGE), una institución en la que participaron -fundamentalmente- empresarios de las provincias. Este organismo defendía, de forma nítida, el acercamiento entre el capital y el trabajo, y aunque nunca manifestó una adhesión inquebrantable al peronismo, coincidía plenamente con la política intervencionista del gobierno.

Las clases sociales tradicionales que consideraban que tenían el monopolio de la cultura, la educación y el señorío societario aborrecieron de forma radical a Juan Domingo Perón y especialmente a Evita. Como apuntan con agudeza Jorge Saborido y Luciano de Privitello²⁵, el fenómeno de la prolongada y profunda tensión peronismo-antiperonismo no puede explicarse como una lucha de clases sino como el repudio total de estas clases sociales tradicionales hacia aquellos grupos de ciudadanos que entraban en los círculos de ocio y costumbres que los sectores tradicionales consideraban en exclusividad. No aceptaban la irrupción de lo que ellos llamaban el “plebeyismo”. La ostentación de las posibilidades de consumo que la nueva realidad económica brindaba y el traslado a la ciudad de sus diversiones y gustos se convertía en una ofensa para la “gente educada”, que en numerosas ocasiones no disponía de ingresos muy superiores de quienes eran el centro de su desprecio. Ello degeneró en un continuo enfrentamiento que se manifestó en varios planos de la vida cotidiana, que no sólo política, máxime cuando el peronismo se encargó de descalificar a cada opositor como a un representante de la anti-patria.

El sello espiritual de lacra a fuego que imprimió Perón a sus bases sociales tiene que ver de su conocimiento de la doctrina social de la iglesia, de su experiencia como agregado militar en la Italia fascista o de su paso como profesor por los institutos de formación superior de los oficiales del ejército. Uno de los ejes más visibles de su dicción política era el no-reconocimiento de cualquier sociedad que legitimara los conflictos sociales. Por tanto, y por añadidura, su oposición al comunismo se tornaba

²⁵ Op. Cit., p. 279 y ss.

visceral. No le gustaban nada los desórdenes callejeros e insistía constantemente en las bondades de la armonía social, de la quietud y concordia permanente de sus gobernados, y no gustaba en absoluto de los principios de la democracia liberal, ni -por tanto- en que la autoridad emana del pueblo soberano y que las decisiones de éste son imprescindibles para el buen gobierno. Otorgaba categoría mayor a la unidad espiritual popular, basada en la doctrina nacional de la unión de la patria, cuya propia existencia y sus virtudes tenían razón de ser en la medida que un líder, un jefe, un conductor ejerciese tal dirección política, económica, moral y espiritual. Quien ocupaba tal honor debía estar imbuido de todo un compendio de virtudes morales que le hicieran acreedor de este mérito. El cemento ideológico de esta relación conductor/gobernados se surtía del dogma católico y a los ciudadanos les cumplía la obligación de ser leales al líder y a la patria, sin olvidarse de los principios del peronismo. Así, el 17 de octubre, fue convertido en el “Día de la Lealtad Peronista”. Y desde 1943 la enseñanza de la religión era obligatoria y en 1949 se abrió el proceso de reforma de la Constitución, que terminó con una nueva que incorporaba ampliamente los ahora estrenados derechos sociales y permitía la reelección presidencial, vetada hasta entonces.

El enorme respaldo popular del régimen peronista tuvo lugar en 1948, en unas elecciones legislativas que se saldaron con un 57% de apoyo electoral para la causa del presidente, y un año antes se había aprobado el derecho de sufragio femenino que ejercieron las mujeres por vez primera en 1951. Pero, al igual que la ampliación de la base de los sufragios iba a beneficiar a la causa peronista sobremanera, las multitudinarias manifestaciones en la Plaza de Mayo o en otras grandes arterias capitalinas también ejercían una importancia primacial en el sostén del régimen. Máxime cuando siempre terminaban con discursos de Juan Domingo Perón y Eva Duarte. Esta dignificación de las masas se complementaba con jugosa propaganda que invadía todos los espacios públicos. Y, a partir de 1947, la idolatrada Evita, que se hizo cargo de la Secretaría de Trabajo (luego elevada a la categoría de Ministerio), ejercería las directrices de la política sindical del gobierno. A diferencia de su marido, con alocuciones más moderadas, Evita hacía soflamas incendiarias, violentas. De esta forma mantenía viva la llama del encumbramiento del pueblo, toda vez que organizó de forma bien efectiva la rama femenina del peronismo.

El dogma peronista, tildado como ideario de justicialismo, era una filosofía social-cristiana, fundada en preceptos católicos y aristotélicos de justicia y armonía.

Igual que mantiene el ideario socialista, el justicialismo pagaba o protegía a cada uno según sus necesidades y se oponía abiertamente al privilegio o al poder que no se ganaban por sí mismos con esfuerzo, mérito y capacidad. Negaba, asimismo, la legitimidad de la riqueza basada en la herencia. A la vez que creaba el “Estado de Compromiso”, trataba de modelar la “Comunidad Organizada” y en política exterior Perón inauguró lo que él llamaba la “tercera posición”, o vanguardia de lo que se configuraría luego (en 1955), tras la Conferencia de Bandung, como la Liga de los Países No-Alineados, o lo que es lo mismo, un claro intento de conseguir una efectiva soberanía nacional sobre la equidistancia real entre el bloque capitalista, liderado por USA, y el comunista, dirigido por la URSS²⁶. La justicia, la soberanía, el bienestar, la emancipación, la armonía y el progreso eran los mitos del peronismo y las líneas maestras de su discurso. Sin embargo, para los adversarios de Perón, el discurso de la “Nueva Argentina” significaba la división de la nación, con una economía en bancarrota y un país viciado por la dictadura. Se culpaba a la “justicia social” de ser la causante de la prisión y el exilio de numerosos ciudadanos, algunos de los cuales afirmaban haber sido torturados. El peronismo era denunciado como una ideología caracterizada por el fraude, el adoctrinamiento, la propaganda falsa y la persecución. Los antiperonistas afirmaban que las recompensas a los seguidores de Perón se obtenían de violencia y confiscaciones al resto de la sociedad, mientras se destruían los sectores claves de ésta en beneficio propio.

Con la instalación del régimen militar, los intelectuales nacionalistas católicos y la propia iglesia argentina, iniciaron una rápida y eficaz ofensiva destinada a ocupar las principales instituciones culturales del Estado. La implantación obligatoria de la enseñanza religiosa fue otra motivación que impulsó los decretos integristas. Así las cosas, la intelectualidad liberal y de izquierdas vinculaba al gobierno con el fascismo. Además, los sectores progresistas del país no toleraban la continuidad de los militares en el ejecutivo y aún mucho menos la política de censuras, destituciones y despidos que había impuesto el nuevo régimen. Por ejemplo, a los pocos meses de la llegada de Perón al poder, el 70% de los profesores habían sido desposeídos de sus cátedras. La llegada de Oscar Ivanissevich al Ministerio de Educación fue todo un hito en este sentido ya

²⁶ Una visión interesante sobre las relaciones entre el Partido Comunista Argentino y el peronismo, la aporta Samuel Amaral en *La renuncia de las masas: el Partido Comunista ante el peronismo, 1945-1955*, NEP: *New Economics Papers*, nº 7, University of Leicester, 2008.

que afirmó que su tarea consistía en implantar en el sistema formativo los valores del hogar, la familia, la patria y Dios. Asimismo, insistía en que debía luchar contra los librepensadores. En verdad, y descartados dichos puntales, lo cierto es que el peronismo no tuvo una política cultural propiamente dicha, haciendo de la expresión “alpargatas sí, libros no” uno de sus iconos más representativos.

Desde la perspectiva política, el gobierno de Perón posee hitos similares a los modelos fascistas anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Así, por ejemplo, en octubre de 1946 promulgó un ambicioso plan quinquenal que buscaba enderezar la economía nacional y librarla de la influencia extranjera. Fundó una formación política única, el Partido Justicialista, que designó candidato a Perón para las elecciones de 1952. La oposición se hizo sentir aún cuando varios líderes no-justicialistas acabaron en la cárcel. De esta manera, *La Prensa*, el principal periódico independiente, fue cerrado en marzo de 1951. Durante el mes siguiente, el Congreso aprobaba una ley que expropiaba el diario. Pese a todo, Perón fue elegido por amplia mayoría y sus candidatos obtuvieron 135 de los 149 escaños de la Cámara de los Diputados. La relación entre peronismo y fascismo es central para entender la historia política argentina. Podemos considerar que todos los fascismos fueron racistas y el antisemitismo nacionalista y clerical, que se desplegó en tiempos de Perón, es específico de la variante argentina del fascismo. En determinado sentido, el peronismo estableció una aparente democracia popular y autoritaria que tuvo su origen en una dictadura militar que duró de 1943 a 1945. Podemos sostener que esta etapa de la historia es lo más cercano a un régimen fascista clásico que ha tenido Argentina. Los nacionalistas de toda la vida se quejaban de que Perón les había robado sus lemas, su programa social, su plan hegemónico de educación católica y militar, su visión de la historia, su corporativismo estatal y su antiimperialismo. Y no iban desencaminados. Uno de ellos, Hugo Wast, que llegó a ser ministro de Educación en el gobierno dictatorial de Perón, debía cristianizar el país, disminuir la inmigración en general, aumentando la tasa de nacimientos de los nacionales, y extraer del tejido social la doctrina liberal. No en vano, Perón aprovechó su golpe de Estado para reformular las bases institucionales del país en términos anticomunistas y religiosos. Perón empezó por la derecha, apoyando las posturas más conservadoras del ejército, pero luego se alejó del elemento castrense para romper relaciones con las potencias del Eje. Pese a todo, las fuerzas armadas eran el centro de pureza institucional por excelencia, y debían liderar el proyecto político nacional. Como

sustenta Federico Finchelstein, desde una perspectiva comparada, la Argentina peronista parecía estar atrasada en relación con el proceso histórico italiano y, sin embargo, Perón fue más allá de Mussolini en su nacionalismo económico ya que nacionalizó el Banco Central y los servicios de gas, telefonía y los ferrocarriles nacionales. En su política de expansión del Estado, Perón no se parecía a Mussolini, sino que emulaba las políticas keynesianas de posguerra. Pero ambos regímenes totalitarios (el italiano y el argentino) dieron una respuesta dictatorial a la crisis que la modernidad había introducido en las estructuras clásicas del Estado. Y ambos regímenes movilizaron desde el ejecutivo a las masas, buscando la aniquilación del comunismo internacional. En el famoso discurso de la Bolsa de Comercio, de agosto de 1944, Perón insistió en el modelo sindical corporativo para que el Estado interviniera como árbitro de las relaciones entre capital y trabajo, para evitar la revolución y eliminar la lucha de clases. Perón impulsó la lógica antiburguesa en su gobernación y en 1944 sostuvo: “ha muerto todo prejuicio burgués”. Perón representó esta lógica hasta sus últimas consecuencias.

El 24 de febrero de 1947, Perón dudó del legado de la Ilustración cuando denunció “las tendencias extremas que se derivan de las corrientes filosóficas del siglo XVIII”. Dos años más tarde, diría públicamente que el ser humano había pasado sin transición de un idealismo riguroso a un materialismo utilitario, de la fe a la opinión y de la obediencia a la rebeldía. Mientras tanto, identificaba una ideología y a su pueblo con él mismo. En 1949, en su discurso en el Congreso de Filosofía de Mendoza, quedó clara su voluntad de establecer una tercera vía ideológica que “superara” la división de bloques de la Guerra Fría. En aquel Congreso, aunque no asistieron, entre quienes enviaron ponencia encontramos a Martín Heidegger, Benedetto Croce, Karl Jaspers y Bertrand Russell, a los que hay que sumar una legión de intelectuales orgánicos tanto argentinos como extranjeros. Perón insistió mucho en la participación del individuo en los movimientos sociales pues esta dinámica superaba la lucha de clases que tanto le preocupaba. El individuo pasaba a no importar como ser independiente, sino como una reafirmación de éste en su función colectiva. Él era el dueño de las masas (también Evita, claro está), le gustaba ser rico en seguidores, por utilizar su propia expresión. En el peronismo, el líder no salva a la patria por la guerra y la violencia sino mediante la consagración de un nuevo orden social que iba a eliminar para siempre el comunismo. Los “descamisados” no eran vistos por el dictador como elementos sociales automatizados, sino como miembros de una comunidad organizada, o suma de

individuos que emotivamente reconocían en el conductor al mejor de ellos. Para Eva Perón, la comunidad organizada era un reflejo del pensamiento y la práctica del líder, y no al revés. El líder era el poseedor de la verdad irreductible. Así pensaba la primera dama del país, quien creía que la nueva mujer argentina debía estar a la par de los hombres pero sin claudicar de su condición natural. Y es que las mujeres que se creían iguales a los hombres eran descalificadas como feministas y los hombres que las apoyaban eran también feministas.

